

## Impacto Social del Arte

México - Filipinas - Brasil

# Letras

México / Nezahualcóyotl

Jordan Ricardo Cruz Morales

Cuento

## La moneda en la tierra

Argos era una ciudad habitada por músicos, pintores, artesanos, pericles, y sacerdotes. Solo el excelentísimo Rey se encargaba de atender los asuntos más importantes del reino, como cuando ordenaba conquistar naciones, rescatar pueblos subyugados por los ladrones de los siete mares. Por otra parte, los pericles se ocupaban de atender los problemas que requerían menor esfuerzo, como cuando un granjero acudía al areópago porque le habían robado una cabra, un asno, o cuando dos hombres habían peleado porque uno le había robado unos metros de tierra y construyó su casa donde no le pertenecía. Existía también un consejo real constituido por gente rica, y nobles aristoi conocidos como “los mejores” que se encargaban directamente de aconsejar al Rey. De modo que los sabios patriarcas, mantenían el equilibrio espiritual para que los dioses no causaran una guerra cósmica. Pero se escuchaba el rumor que, por arriba de la sabiduría del rey, había alguien al que se le llamaba: “El hombre más sabio del mundo.” Vivía a las afueras de Argos, pero nadie le conocía. Era como si fuese un dios. Unos creían que simplemente no existía, y otros, que había sido solo una fábula del rey para que el pueblo no se enterase de los conflictos que Argos tenía con Asia.

Mil ciento noventa años después de la guerra de Troya, en la parte pobre de Argos, de lo que alguna vez fue una gran ciudad, vivía Dorian, un chico nada talentoso, de apariencia descuidada, y enclenque. Nunca fue bueno para trabajar en los asuntos de su padre, ni tampoco para la pelea cuerpo a cuerpo, y tampoco fue un buen aprendiz. Sin embargo, se percató que la mayoría de sus amigos habían encontrado ya su destino. Pero él aún no sabía qué iba hacer de su vida, porque si no era bueno en nada, en vista que nunca fue bueno ni para el trabajo ni para conquistar a la chica que le gustaba; no iba a lograr grandes cosas como su padre, que siempre le recordaba que él a su edad, ya lideraba una gran embarcación. Dorian era el típico chico que no había salido más allá de Argos, si a lo mucho, salía para observar las nubes, y cuando iba a la impartición de clases espirituales con los patriarcas que todo hombre en Argos debía tomar para estar en un completo equilibrio de cuerpo y mente. El mundo para él simplemente era un lugar desconocido. Todos decían que fuera de Argos había demonios, cíclopes, mujeres con cabeza de serpientes que si la mirabas a los ojos te convertían en piedra. Había rumores que el mundo era sostenido por un dios llamado Atlas, y se preguntó, ¿si realmente era posible cargar el mundo?

Por otra parte, Dorian tenía un hermano menor llamado Lemus, al que debía cuidar mientras sus padres no estaban en casa. Cierta día, mientras Dorian inspeccionaba los árboles de donde los arquéanos obtenían colores para teñir telas, y ofrecerlas a los mercaderes, vio algo brillante, una especie de vidrio, pero no era eso, simplemente era una moneda, brillante y plateada. Un calco, un octavo del valor de una dracma perdida, y si estaba perdida, cabía la posibilidad que era la moneda de alguien más. Aunque ese día fue extraño, porque se encontró un calco más cuando subió a una carreta de un amable y sabio patriarca, que, al verlo caminar afligido, tuvo compasión de él. En ese momento, Dorian de nuevo vio algo brillante en la tierra y se dio cuenta que era otra moneda.

El patriarca, al observar la escena, le dijo:

—Sabes niño, encontrarse una moneda, es símbolo de buena suerte.

A Dorian no le pareció extraño, tampoco se imaginó aquello de la buena suerte, después de todo, pensó que eso no era cierto, puesto que, si fuera una persona afortunada, no estuviera caminando todo el santo día para encontrar el árbol con el aroma perfecto, quizá si realmente esa moneda fuera símbolo de buena suerte, sería él quien estaría montando en esa carreta de aquí para allá.

—Supongo que tiene razón. —respondió Dorian — Guarde esta moneda como símbolo de mi agradecimiento.

—¡Oh, no! —exclamó el patriarca— La suerte es tuya, si me das esa moneda, es como usurpar la capa de alguien más. Tú eres el privilegiado.

Al chico le parecieron simples palabras, pero, aun así, quiso dársela.

El patriarca no tuvo de otra que aceptarla.

—Sabes chico, esta suerte hubiera podido acompañarte, pero eres testigo que por tu boca ha pasado la bendición a mí.

Sin embargo, al bajar de la carreta y ver al patriarca seguir su camino, vio otra moneda. Hasta el momento, no le pareció extraño. Los demás días le sucedió igual, diariamente se encontró una nueva: si iba por trigo para hacer pan, si iba al mercado, si viajaba a otro pueblo para vender la leche de sus cabras, le pasaba lo mismo. Poco a poco, eso comenzó a intrigarle, ¿por qué siempre me encuentro una moneda? Pensó en las palabras del patriarca: “Si te encuentras una moneda, guárdala, es de buena suerte”.

Pero al ver que la vida del patriarca no había cambiado, pues seguía pasando con su carreta como todas las mañanas, y que cada vez era más viejo. Pensó que solo eran supersticiones. Imaginaciones suyas que lo llevarían a imaginarse cosas que los humanos no pueden alcanzar. No tuvo de otra que decirle a su madre lo que le sucedía.

—Oye, madre, ¿por qué será que siempre encuentro monedas de poco valor? ¿Será que me quieren decir algo los dioses?

Su madre no se atrevió a decirle nada, ya que ni ella, ni él, sabían el por qué. Su padre tampoco le supo decir a qué se debía la escena repetitiva que su hijo vivía con frecuencia, aunque le sugirió, que fuera a ver a los sabios patriarcas y si era posible al rey mismo.

Como Dorian era un chico obediente de inmediato hizo lo que su padre le indicó, aunque primero fue a visitar al sabio patriarca, que amablemente lo invitó a entrar a su casa.

—Dime jovencito, a qué debo el honor de tu visita...

Dorian pensó antes de responder.

—Sabio patriarca, vengo puesto que, necesito saber por qué encuentro monedas. ¿Será que los dioses querrán decirme algo?

El patriarca lo inspeccionó de pies a cabeza.

—Muchachito, difícilmente los dioses se comunican con los sabios patriarcas. ¿Por qué crees que un dios quisiese hablar contigo?

Dorian vaciló antes de responder.

—No tengo ni la menor idea, pero mis padres no han podido decirme lo que significa. ¿Cree que usted pueda ayudarme?

El patriarca lo miró fijamente.

—Es verdad que encontrarse algo es de buena suerte, pero es estrafalario que una escena se repita, ningún arqueano, por poco valor que sea va a querer extraviar su dinero. Ya tenemos mucho con la llegada de los romanos, como para ir dejando calcos en el camino. Pero veamos. ¿Dices que regularmente te encuentras monedas?

—Así es, sabio patriarca. Pero lo extraño es que solo me encuentro puros calcos.

El patriarca se llevó las manos a la mandíbula y arrugó el ceño.

—Tu caso es extraño. — Se dirigió a una habitación llena de pergaminos, Dorian caminó detrás de él y observó que los pergaminos yacían empolvados, a lo mejor porque pensaba la familia del sabio patriarca, que leer era una pérdida de tiempo y que los hombres solo podían ganarse la vida alimentando cabras y sembrando trigo, para luego venderlas al pueblo más cercano.

—¡Dónde está! ¡Dónde está...! —Se dijo el patriarca—. Observó algunos rollos, pero no eran los que buscaba: Manuscritos del mar muerto. —¡No, éste no! —Fábulas de Esopo, y el Códice Sinaítico, menos, las recopilaciones de Aristóteles, Platón, y los manuscritos de Avicena, tampoco le interesaron, hasta que vio uno que llamó su atención: El hombre más sabio del mundo.

—Aquí seguro tiene que haber algo.

—¡El hombre más sabio del mundo! —exclamó Dorian—Pensé que solo era una fábula.

—¡Oh, no! El más sabio del mundo sí existe. De generación en generación, muchos han intentado encontrarlo, pero no lo han hallado, él tal vez pueda ayudarte.

—Pero, cómo puede ayudarme si nadie lo ha visto.

El patriarca le sonrió.

—De eso no tienes por qué preocuparte. El hombre más sabio del mundo aparece en el interior de cada hombre cuando alguien necesita su ayuda. —Luego abrió el pergamino, y leyó en una parte que decía: “Qué significa encontrarse con cosas en el camino”. —A Dorian se le hicieron los ojos grandes. El patriarca leyó:

—Si te encuentras una moneda en la tierra, significa que eres afortunado.

El chico miró a su alrededor.

—¿Qué más dice?

—Si estás solo, te da seguridad. Tu espíritu te está diciendo que confíes en el Dios de los dioses. No es una simple coincidencia lo que te ha pasado. — y cerró el pergamino.

—¡Qué!, ¿es todo? —Exclamó Dorian aún más confundido.

—Es todo lo que puedo hacer por ti, —dijo el patriarca. —Basta saber que tienes el favor de los dioses.

—¿El favor de los dioses? —exclamó Dorian en voz alta. —Pero ¿acaso no me ve? Soy alguien que no ha encontrado su destino... Eso me hace el más pobre de Argos. ¿Cree que soy afortunado? Llevo cerca de un año encontrándome monedas y mi vida no ha cambiado en nada.

—Tal vez los dioses quieren enseñarte algo más. —replicó el patriarca.

—¿Cómo que...? — Quiso saber Dorian.

—No lo sé, quizás llegué el día que recuerdes lo que te ha traído aquí, y para cuando suceda, ya no tendrás de que preocuparte, a lo mejor en un futuro las puertas del Olimpo se van a abrir a tu favor, y las personas correctas te van a encontrar.

—Temo que no le entiendo sabio patriarca...

—No tienes que hacerlo. La mayoría de las veces, las respuestas que buscamos están dentro de uno, esperando que uno las descifre. Dime algo ¿cuándo quieres aprender a cocinar, a quién le pides ayuda, a tu madre, o a tu padre?

—A mi madre—respondió Dorian.

—¿Y cuándo necesitas aprender a navegar botes o enmendar algo?

—A mi padre.

—Entonces ¿estás de acuerdo, que no puedes presentarte ante un bufón, si tu deseo es ser recto y serio como un pericle y que no puedes presentarte ante el rey, si quieres adquirir el conocimiento para aprender hacer vestimentas reales?

—Sí, tiene sentido para mí...

— Si quieres saber más acerca de las monedas, tal vez debas visitar al que hace monedas. —Dijo el sacerdote. — Como he dicho antes, si quieres saber algo tienes que ir con aquella persona que se dedica a aquello que estás buscando entender.

En su interior, lo primero que había encontrado Dorian era la intriga que lo llevó ante el sacerdote de Argos, que a su vez le dijo que encontrarse una moneda significaba que era alguien afortunado y que los dioses cuidaban de él, pero al mismo tiempo el patriarca confundido, quiso saber el por qué. Aun así, le aconsejó que prestara atención a su yo interior, ya que es ahí donde los dioses regularmente se comunican con los humanos. Pero el patriarca, no podía ayudarle más. Dorian tenía que aprender por sí solo a escuchar aquella voz, a dialogar con los dioses. El patriarca solo era un guía, un mapa con procedimientos algorítmicos. Esa era la razón por la que los griegos tenían diferentes dioses. Con entusiasmo, le dio las gracias y se despidió.

Al día siguiente, estaba nervioso, pues era la primera vez que iba a salir de su hogar. Tomó un asno, siguió el camino hasta llegar a Lidia. El sitio donde se cree que se había acuñado la primera moneda. Bostezando por el largo viaje, se alegró cuando el amable canalero le dijo que en seguida estarían frete a la gran fuente de monedas.

Cuando llegó el artesano de monedas estaba colocando una porción de metal en un contenedor de arcilla, que al poco rato echó al fuego y dio forma a una moneda.

—Artesano—dijo Dorian entusiasmado, porque pensaba que había llegado con la persona apropiada. —El patriarca de donde es su siervo, me ha aconsejado venir, puesto que realmente me aqueja una escena que no puedo entender.

—Eso sí que va a ser un problema—respondió. — Si un sabio patriarca no te ha ayudado, ¿cómo puede hacerlo yo?

—Señor... —continuó Dorian. —El sabio patriarca de mi ciudad en mucho me ha ayudado, pero no me ha podido decir más allá de lo que los sabios patriarcas predicán.

El artesano miró a Dorian, le ofreció un vaso con agua y le dijo:

—Veo que en mucho estás afligido, bebe y dime lo que te sucede.

Así fue como Dorian empezó a contarle lo que le sucedía.

El artesano prestó mucha atención a las palabras del joven.

Luego de una larga explicación lo miró meramente abstraído.

—Nunca había escuchado tremenda historia, deberías entonces ser rico ahora.

—No señor, temo que no me ha entendido, no me encuentro todos los días monedas, sino que, regularmente me encuentro solo una. Si hoy me encontrara un calco, estoy seguro de que en una semana, o dos, encontraré otro.

El artesano, un poco confundido, no tuvo de otra que solo explicarle como se hacían las monedas. Pero le sugirió lo mismo que le había dicho el sabio patriarca de Argos, pero de diferente forma.

—Tengo algo que te puede ayudar, es un escrito del primer artesano que hizo la primera moneda para el rey Alyattes. Quizá pueda servirte, lo que este pobre servidor no ha podido hacer.

Al principio Dorian creyó que, haber venido con el artesano, había sido una pérdida de tiempo, pero si los dioses querían decirle algo éste era el lugar correcto.

Refugiándose en un mezo, solo e inmerso en una densa tranquilidad, comenzó a leer el pergamino.

“Cuando por primera vez me senté a pulir la primera moneda, me imaginé un cuadrado, luego un hexágono y por último un rectángulo. Pero, ningún prisma conocido le pareció complacer al rey como medio legal de intercambio. Sin embargo, antes de trabajar en el encargo del rey, (obvia-mente, me había formulado una idea en mi mente) el rey Alyattes quería algo que nos reconociera como reino. Así fue como me formulé y copié las circunferencias de nuestro planeta, pero aún no tenía forma de historia. No tenía un principio ni un final. Esta historia surgió no a la necesidad de una moneda, mejor dicho, a una moneda que vino a mí de no sé de dónde. Poco antes de pulir la primera moneda, comencé a soñar que todos los días se me perdía la moneda que yo estaba ha-ciendo, pero en la vida real aún no tenía en mis manos esa moneda. Por lo que al despertar de aquel sueño, tuve la idea de crear monedas de oro para que el rey las usara como medio de intercambio con otros reyes y de plata para que el pueblo las pudiera utilizar dentro de Grecia”.

—Entonces, el primer artesano que hizo la moneda, ¿la hizo porque la vio en un sueño? —pensó Dorian—.

Casi como si los dioses le afirmaran lo que Dorian había dicho, sintió en su corazón que así había sucedido. Siguió leyendo.

“La moneda es una puerta a aquellos milagros, a las buenas cosas de la vida y que por ignorancia solemos reprimir. Pero para entenderlo, al hombre más sabio del mundo debes acudir”. —Se re-costó mirando hacia el cielo.

—¿El hombre más sabio del mundo? — Tuvo una idea: —Ya sé, a la ciudad de Atenas me dirigiré. En esa ciudad los griegos habían colocado diferentes imágenes de los dioses. Dorian pensó que, tal vez estando cara a cara con uno de ellos, sabría el porqué de su inusitada providencia.

Así, a la mañana siguiente partió a Atenas. Una vez ahí se dirigió al areópago donde encontró una gran cantidad de dioses: el dios de la fortuna, “Hermes”; el dios de la agricultura, “Deméter”; la diosa de la sabiduría, “Atenea”; el dios de la belleza, “Apolo” y el dios del amor, entre otros.

Sin pensarlo demasiado, se dirigió al dios de la fortuna, porque creyó que había sido el precursor de su estrafalaria escena. Dorian le dijo:

—He venido desde muy lejos, ¡oh excelentísimo dios Hermes!, me preguntaba si habías sido tú, quien me ha traído hasta aquí, y me ha hecho aparecer monedas en el camino.

Pero el dios Hermes nunca le respondió.

—Bueno, seguro has de estar descansando. —Exclamó Dorian y después se dirigió a la diosa de la sabiduría.

—¡Oh, diosa Atenea!, su humilde servidor se presenta, me llamo Dorian, aunque sé que su majes-tad ya lo sabe, pues para ti no hay nada oculto que no sepas. No obstante, he viajado por muchos días, he visitados al sacerdote más sabio de mi pueblo, y de Grecia, he conversado con un artesano, y he leído un rollo muy antiguo, y todos me ha encaminado hasta aquí, pero nadie me ha podido dar una explicación de lo que significa encontrarse una moneda en el camino, y lo que es más, en lugar de aclarar mis dudas, más quedo confundido.

Pero de nueva cuenta, no recibió contestación alguna.

Fue así como mientras más expresaba su pregunta ante los dioses, más perdía las esperanzas de encontrar respuestas. Al caminar por el sendero más paradisiaco de toda Grecia, le sorprendió que no pudo comunicarse con ninguno de ellos. Pues se dio cuenta que eran simplemente estatuas, figuras de arte labradas por un escultor de renombre y conocedor de muchos secretos. Se sintió aún más insatisfecho, cuando a pesar de haber recorrido varios kilómetros y haber recibido el con-sejo del patriarca, del artesano, de un pergamino antiguo del que dudaba por su procedencia, e incluso hasta el de sus padres. Se acongojó de gran manera por no haber recibido consejo de los dioses en persona.

De todos modos, su única alternativa era un pequeño apartado al final de aquel sendero espiritual, una vitrina hecha de mármol donde no había ninguna imagen de un dios, pero había sido fabricada por los griegos por si había un dios, al que ellos no conocían, llamándole; el dios sin nombre, o el dios, que no tenía rostro.

Sin embargo, rindiéndose aún, quiso contarle su problema, pero al igual que le había sucedió, tampoco

recibió contestación de aquel dios invisible. De todos modos, esperó un largo rato sentado por si de casualidad, los dioses se apiadaban de su pobre alma. Mas, nada sucedió.

Al aproximarse la noche, pasó un viejecillo que apenas podía mantenerse en pie. Acercándose a Dorian, le dijo:

—Veo que has estado demasiado rato viendo a los dioses, si en algo te puedo ayudar, dímelo, soy un hombre muy viejo ya, aunque no por eso, quiere decir que no sepa aconsejar. —El anciano miró el cielo y exclamó— pronto lloverá, es mejor que vengas conmigo, si es que no te quieres mojar.

En el camino Dorian le explicó por qué había venido a Atenas y la escena repetitiva que día a día llegaba a cuestionarse.

—Ahora lo entiendo todo. —Dijo el anciano—. Pero no tienes por qué enojarte con los dioses; sabes, puede ser que los dioses siempre han estado hablando contigo, pero no los has podido escuchar. Pues para hablar con ellos, debes abrir tu corazón.

Dorian se cruzó de brazos mientras escuchaba al pobre anciano.

—De una o de otra forma—dijo el anciano, que, cansado ya, decidió tomar asiento en una piedra, y agregó luego — de muchas maneras los dioses se comunican con los humanos, pero los hombres al no tener una completa conexión de espíritu, alma y cuerpo, no entienden. Por ejemplo: cuando comenzaste a encontrarte todos los días una moneda, ¿no fue Zeus quien puso el deseo en tu corazón de contárselo a tus padres?

—Supongamos que sí. —Exclamó Dorian.

—Y, cuando acudiste a tus padres, ¿no crees que fueron los dioses quienes te incitaron a visitar al patriarca y de igual forma al artesano?

Dorian, exclamó admirado.

—¿Qué quiere decir en realidad?

—Simplemente, que a lo mejor, desde hace mucho tiempo, los dioses han estado hablando contigo, guiándote en cada paso de tu vida, sin que tú te des cuenta.

Dorian lo pensó por unos breves instantes.

El anciano continuó.

—Hijo, no tienes por qué enojarte con los dioses, pues ellos te han elegido desde antes que nacieras, y si están aquí en este mundo, es porque tienes un propósito que debes cumplir, te voy a decir un secreto: Los hombres... —y le susurró al oído—son los ojos y los oídos de los dioses aquí en la tierra.

En ese momento, Dorian entendió por primera vez todo lo que le había sucedido, pues todo aquello lo había llevado hasta Grecia y había sido, sin duda, inusitadamente provocado por los dioses que, con cierta peculiaridad, le habían hablado en muchas ocasiones a través de una moneda, pero la pregunta era la misma ¿por qué?

Dorian, a pesar de que era un chico nada egocéntrico, bien portado, obediente a sus padres, era también un chico que de alguna manera había perdido la pasión de lo que realmente significaba la vida. Había perdido el deseo de vivir, la motivación, la vivacidad, el gozo, la alegría, y ahora pensaba que todo lo que le sucedía era precisamente por creer en los dioses, cuando en realidad, siempre fue una prueba, un examen para ver de qué estaba hecho y si era realmente capaz de

realizar el trabajo que los dioses le tenían preparado, pues su reino era semejante a una persona que, yendo por el camino, se encuentra una moneda y va de inmediato a su casa y se regocija con su familia.

Tal vez muchos se pregunten qué tiene que ver la vida con una simple moneda o con cualquier objeto que uno pueda encontrarse en el camino, pero no vemos que no hay otra cosa que se le parezca más a la vida que una moneda. Es decir, para ganar dinero, lo que uno tiene que hacer es trabajar, esforzarse lo suficiente para recibir una retribución. La vida es así, tienes que esforzarte por lo que realmente amas, si es que quieres obtener resultados. Tienes que trabajar tanto como puedas mientras los demás duermen. Tienes que seguir adelante a pesar de las veces que te has tropezado, tienes que trabajar arduamente, por aquel calco, aquella moneda, aquel penique que le merezca a uno la pena.

De pronto, Dorian cerró los ojos mientras que el anciano comenzó a explicarle.

—Los dioses quieren mostrarte que tienes que ser constante en todo lo que decidas emprender, si no eres constante, nunca llegarás a ser verdaderamente bueno, e incluso, nunca llegarás a donde quieras llegar, tienes que plantearte un objetivo, una meta, un por qué, y una para qué. No basta con anhelarlo.

—¿Por qué no basta con anhelarlo?, —preguntó Dorian.

El anciano se rio.

—Una lengua no se aprende de la noche a la mañana. Sin embargo, he oído a personas decir: Me gustaría aprender un idioma distinto, y yo regularmente les digo, sí, y a mí me gustaría ser de otro